

PRESENTACION

Un conflictivo Quinto Centenario: recordado, glorificado y execrado

“La historia debe asumirse en toda su complejidad, conjugando la hazaña y la violencia, el heroísmo y el abuso, el impulso creador y la destrucción”.

PROF. LEONARDO MAZZEI DE GRAZIA

Casi 20 años demoró la preparación del programa de actos conmemorativos del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, desde la primera reunión celebrada en Granada y convocada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas a través del Instituto Fernández de Oviedo, hasta la Expo Sevilla '92. Por Chile concurre el entonces director de la Biblioteca Nacional, Roque Esteban Scarpa.

ATENEA se sumó anticipadamente a tales preparativos inaugurando un nuevo capítulo en su número 451, titulado América y España en la historia: 1492-1992. Tal como lo anunciamos, empezamos a publicar estudios, ensayos, poesía y otros trabajos relativos a Cristóbal Colón, sus viajes, las perspectivas que se abrieron con la incorporación de nuevas tierras al mundo de entonces y la trascendencia de aquel acontecimiento y de los que siguieron. El primer aporte fue del profesor Gilberto Triviños, quien escribió acerca del “Nuevo Mundo, Indias, América”. Con lo que hemos incluido en

sucesivas ediciones podríamos formar una antología de las más diversas materias y de referencias alusivas a lo sucedido en varios siglos.

En el mundo entero son centenares de miles los libros, folletos, ponencias y ensayos publicados acerca de la vida del Almirante, de su hazaña, de la Conquista de América, del mestizaje, sus poblaciones aborígenes, de la interacción de dos continentes, la transculturación, los intercambios de todo orden y sus consecuencias, la colonización y el Derecho Indiano. Se ha operado una verdadera revisión de la historia con un tratamiento como si Colón hubiera llegado a estas latitudes en fecha reciente.

*Resulta curioso y a la vez extraño que a 500 años del arribo de Cristóbal Colón a tierras americanas, y a pesar del avance de la ciencia y la tecnología, se siga investigando para determinar cuál fue el primer lugar pisado por el legendario navegante y sus marineros. Todos los textos de historia señalan que fue Guanahaní. La famosa revista *National Geographic* asegura que fue Samaná. Y hay quienes lo sitúan en una de las islas Bahamas.*

De la misma manera se ha estimulado un sinnúmero de sentimientos complejos que a quinientos años de distancia aparecen como un resentimiento tardío, sin precisar contra qué y contra quiénes. Por eso es que en España misma se aceptó no hablar de celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, sino de conmemoración. Y tampoco de Descubrimiento, sino de encuentro de dos culturas o de dos mundos. En realidad no eran dos sino varias la culturas. La de Europa a través de España era la cultura occidental formada por la antigüedad clásica con un baño de cristianismo y en estas latitudes la azteca y la del altiplano incaico, que correspondían a verdaderos estados. Eran las avanzadas, pero existían otras menos evolucionadas.

Historiadores y tratadistas muy destacados se han enfrascado en

un debate internacional irrelevante que al final deja aquel acontecimiento como un simple desembarco casual. Ciertamente es que la expedición naval de Colón fue una comedia de equivocaciones. Tuvo que esperar primero que los Reyes Católicos derrotaran a los moros en Granada y lograran la expulsión de los árabes de España después de siete siglos de permanencia, para que la Corona de Castilla financiara su primer viaje en la creencia de que su destino era el lejano Oriente fabuloso narrado por Marco Polo y de donde provenían las apetecidas especias y los tesoros de metales preciosos. La concepción general de entonces era la de una Tierra plana. Colón creía que era una esfera y que navegando hacia el oeste llegaría al punto deseado en las antípodas.

Por todas las discrepancias parecía atinada la observación en el sentido de que no debíamos recibir esta fecha con celebración, sino con meditación. Y también con la sensatez de no analizar los hechos históricos con el criterio de hoy ni trasladar los actuales prejuicios a una época tan distante.

Es tan absurdo lo que estamos presenciando que se ha llegado incluso a iniciar una especie de juicio histórico contra Colón y los españoles de la conquista y la colonización. Hasta se le niega la calidad de descubridor por el hecho de que varios historiadores y escritores señalan que el verdadero descubridor de América fue el noruego Leif Erikson. Aun los rusos y los chinos han pretendido rescatar para ellos la primacía. ¿Y por qué no los egipcios por la semejanza que presentan las pirámides mayas y aztecas con las de los faraones?

El historiador italiano Paolo Emilio Taviani, autor de la más completa biografía de Colón, escribió para ATENEA en 1988 un ensayo en que reconoce que los vikingos llegaron a Groenlandia el año 982 y también nombra a Erikson. El año 1000 siguieron a Canadá y la Península El Labrador. Pero recalca que "llegaron, no descubrieron".

Transcribimos sus palabras: “El problema de quién realizó primero el encuentro entre el Mundo Viejo y el Nuevo no es de carácter deportivo, sino histórico. Desde el punto de vista histórico, el término 'descubrir' no significa llegar el primero; quiere decir llegar y volver, referido a alguien que puede repetir la experiencia del descubridor”.

“No se trata de establecer quién ha sido el primer europeo en ver o tocar la costa del continente americano, sino quién ha sido el hombre que ha abierto el nuevo continente al conocimiento de los continentes antiguos. Y este hombre -no puede existir ninguna duda al respecto- fue Cristóbal Colón”.

Descubrimiento es un término inadecuado e injusto, agrega Taviani. Es necesario considerar que los nativos que habitaban las tierras transatlánticas ya estaban allí, con sus culturas y religiones seculares y eran perfectamente conscientes de ello. Pero en Europa se ignoraba su existencia. “Fue entonces la ignorancia europea el primer descubrimiento”.

El hecho americano fue la creación de un mundo profundamente diferente de los dos que le dieron origen. De este hecho el marino genovés fue el gran protagonista, el genuino autor de una idea grandiosa y el 12 de octubre de 1492 se inicia una nueva era, cuando ya el Renacimiento había llegado a su cúspide con el arte, con la imprenta y los primeros experimentos científicos.

En su tercer viaje, Colón llegó a la desembocadura del río Orinoco en Venezuela y escribió a los Reyes Católicos: “Vuestras altezas tienen acá otro mundo”. Sólo con la empresa de Colón, Europa se dio cuenta de que existía un Nuevo Mundo y los hombres de América se dieron cuenta de que existía un mundo más viejo que el suyo.

Cambió el curso de la historia. Tal como cambió con la Era Espacial y el descenso del primer hombre en la Luna. Al pisar el suelo lunar el astronauta Neil Armstrong, el 21 de julio de 1969, comparó este acontecimiento con el Descubrimiento de América.

Existe una cantidad impresionante de mitos, fábulas y leyendas alrededor de Colón. Pero lo históricamente cierto es que era de familia ligur y nació en Génova. Fue un portentoso autodidacta, que desde niño se interesó por la navegación, aprendió geografía, astronomía, geometría, latín, castellano, portugués, aritmética y según él mismo escribió estudió también filosofía, y no sería raro que en algún escrito de Aristóteles hubiera encontrado la referencia, que el filósofo griego hacía 1.870 años antes, en el sentido de que la Tierra era esférica.

¿Y por qué América y no Colombia el Nuevo Mundo? Porque Américo Vespucio o Amerigo Vespucci, florentino y navegante, además de cartógrafo, hizo un diseño cartográfico del viaje que realizó en 1503 por las costas de Sudamérica y el geógrafo alemán Martin Waldseemüller le dio el nombre de América. No hubo escamoteo ni superchería como se sostuvo por largo tiempo.

Fue tan grande el éxito del primer viaje que, para organizar el segundo, Colón no tuvo dificultades y volvió con 17 naves y mil doscientos hombres, que no tuvieron escrúpulos en mezclarse con las indias.

Dijo al respecto Gabriela Mistral: "La obra española en América muestra muchos bienes, contiene tantos favores que no se puede decir sino largamente; en un pobre discurso hay que decir no más que su gracia mayor, que su caridad sobrenatural es la aceptación de la sangre india. Otros pueblos europeos podrían habernos traído, como España, el cristianismo y una lengua europea con lo anexo a ambas cosas, pero ninguna, seguramente, habría abrazado la sangre nueva como España la abrazó, sin una vacilación desde el primer momento".

"Démosle el descubrimiento a Francia e imaginemos el resultado. Francia toma el continente como ha tomado el norte de Africa; pelea y civiliza con menos violencia que el hombre ibérico o, como diría otro, con menor crueldad, cuidando muy bien de quedarse enfrente

del indio lo mismo que se ha quedado delante del árabe africano, cordial y extraño, cortés y extranjero. Démosle el descubrimiento de la América del Sur a Inglaterra, como lo han deseado muchos, y la carne blanca y la carne amarilla se quedan tajadas en un tajo de eternidad, sin que pase de la una a la otra que no sea el acento en el aire, porque a veces ni siquiera pasa la mirada. La unión no sólo será imposible, sino que apenas existirá el simple contacto. Continuando con este juego de posibilidades, el español se nos queda, más bien que como un buen conquistador, como el único conquistador posible, a pesar de todos sus yerros, a pesar de algunas crueldades inútiles y a pesar de sus torpezas de administración”.

*El escritor argentino residente en España, Ricardo Herren, autor de varios ensayos jurídicos e históricos sobre la conquista y colonización de América, pareciera haberse inspirado en las palabras de nuestra poetisa para escribir su libro *La conquista de las Indias*, Editorial Planeta, Buenos Aires, Argentina, 1991. Empieza su obra con una cita de Magnus Mörner que dice: “En un sentido, la conquista española de América fue una conquista de mujeres”.*

Apoyado en documentos auténticos, en narraciones de cronistas que fueron testigos presenciales, traza un panorama del origen del mestizaje en relaciones voluntarias o forzadas. En la Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, legajo 2.999, se encuentra una crónica de Diego Albéniz de la Cerrada que narra el arribo de la mesnada del almirante Lope de Puebla al territorio que hoy es Venezuela. Son los primeros europeos en pisar los inmensos llanos del subcontinente sudamericano: hombres rudos, gente de guerra con sus yelmos y armaduras, espada, lanza y adarga, arcabuces y ballestas... Tras una esforzada marcha consiguen alcanzar el primer poblado de los indios achaguas. “Los tercios regáronse por la inesperada aldea. Más la desnudez de los habitantes los excitó en sumo grado. Aquellas mujeres eran muchas de ellas jóvenes y

hermosas, aunque con la piel extremadamente morena; con los pechos al aire y las partes pudorosas del mismo modo, sin la menor señal de vello. Los soldados se sintieron fuertemente atraídos y comenzaron a meterse en el interior de las viviendas”.

Cuenta que el encuentro fue pacífico y muy celebrado con vino y alimentos. “La soldadesca satisfizo sus apetitos, sus hambres, sus pasiones. A la mañana siguiente, la masa indígena y la masa europea se mezclaban y se retorcián en la orgía placentera y bulliciosa [...] Era aquélla la tierra de los encantos, de la molicie, de la dulzura”.

Con mucho menos cortesanía y buen estilo, expresa Herren, quedan, sin embargo, numerosos registros ciertos de la otra fiebre que, además de la del oro y la de la fama, agitó incansablemente a los conquistadores españoles de América: “Durante la campaña de México, un soldado de Palos de la Frontera, de quien el cronista Bernal Díaz del Castillo sólo recuerda su apellido, Alvarez, tuvo en tres años treinta hijos en hembras americanas; las huestes españolas al mando de Alvaro de Luna -apenas un centenar de hombres- desarrollaron tal actividad sexual con mujeres aborígenes durante la conquista de Chile, que en su campamento hubo semanas que parieron sesenta indias de las que estaban al servicio de los soldados. En Asunción del Paraguay, el presbítero Francisco González Paniagua denunciaba en 1545 que el español que está contento con cuatro indias es porque no puede haber ocho, y el que con ocho porque no puede haber dieciséis. No hay quien baje de cinco y de seis mancebas indígenas. Estos son sólo algunos ejemplos de la infatigable actividad genésica de los conquistadores españoles con mujeres americanas desde el Descubrimiento hasta mediados del siglo XVI, que en conjunto constituye, probablemente, el festín licencioso más grande y prolongado de la historia. Casi cinco siglos más tarde, los frutos de aquel proceso de miscegenación comenzando con este ejercicio maratónico del arte de amar están a la vista: decenas de millones de

mestizos pueblan el continente americano como testimonio vivo del más gigantesco proceso de mezcla racial conocido que ha producido la humanidad. Estos, relativamente, pocos varones españoles, consiguieron cambiar, con hembras indígenas, la composición étnica del Nuevo Mundo: la absoluta mayoría indígena fue reemplazada, a lo largo de los siglos, por los mestizos. Hoy los indios puros son sólo una escueta minoría en el conjunto de Iberoamérica”.

*Lo mismo ocurrió en México y en Perú. Al día siguiente de haber sido apresado Atahualpa por Francisco Pizarro y de derrotar a su ejército de miles de hombres en una audaz maniobra ofensiva, “hallaron en el baño y aposentos de Atahualpa cinco mil mujeres que, aunque tristes y desamparadas, se divirtieron con los cristianos”, según López de Gómara en *Hispania Victrix*.*

Es sorprendente que el Quinto Centenario sea más recordado en Estados Unidos que en América Latina. Es que allá se ha comprendido mejor el sentido de universalidad de la epopeya de Colón. Además, en Hispanoamérica el mestizaje se produjo a sangre y fuego, pero sin reservas. En América del Norte fue un trasvasije de Europa. Aquí se puso a prueba la capacidad genésica de los hispanos. Allá se organizó una emigración masiva. James Axtell da los siguientes datos: “La fuente más importante de gente blanca en América del Norte fue la Gran Bretaña. Este país envió a más de 150 mil de sus hijos e hijas al continente en el siglo 17 y -por lo menos- a 350 mil más en el siglo siguiente. Al cabo de cien años su número se había elevado a más de tres millones. Siguieron llegando 150 mil inmigrantes de Escocia e Irlanda, 100 mil alemanes, 50 mil convictos británicos y dos mil a tres mil judíos sefarditas”.

En cambio los españoles en su gran mayoría eran hombres jóvenes que “tuvieron que casarse con mujeres indias o, por lo menos, cohabitar con ellas, lo que dio lugar a una abundante población mestiza”.

En los centenarios anteriores no ocurrió lo que estamos presenciando ahora, en que se ha desatado una verdadera contienda histórica y literaria, con interpretaciones sociológicas y otras confrontaciones. Colón murió sin saber lo que había descubierto realmente. En el primer viaje sus marineros quedaron asombrados al descubrir mujeres blancas y rubias desnudas que si hubiesen estado vestidas, según los cronistas, habrían pasado por españolas. Los primeros conquistadores realizaron actos vandálicos y crueldades inauditas para obtener información acerca de las riquezas que buscaban en una intensa fiebre de oro. Lo encontraron en México y Perú, donde dominaron a esos pueblos, atemorizándolos con algunas matanzas. De ahí la leyenda del genocidio que también practicaban los aztecas además del canibalismo, no obstante sus adelantos urbanos. A la llegada de Hernán Cortés, Tenochtitlán o lo que hoy es Ciudad de México, era cinco veces mayor que Madrid y duplicaba la población de Sevilla, con mercados y obras de regadío admirables. Pero era un imperio en decadencia. Gobernaba ya Carlos Quinto y España guerreaba con medio mundo. Había logrado formar el mayor territorio imperial que se recuerda: por eso decía que en sus dominios no se ponía el sol. Hacia el este dominaba hasta Cerdeña, Sicilia y Nápoles; hacia el norte: Alemania y los Países Bajos; hacia el sur las posesiones africanas; más allá de los mares, Filipinas y al oeste, América. Carlos Primero de España o Quinto de Alemania combatió contra los protestantes de Martín Lutero, contra los turcos. El gigantesco tesoro de las Indias, de toneladas de oro y plata fue despilfarrado en estas contiendas, en monumentos ostentosos y en una burocracia imperial dedicada a un lujo excesivo. Esos tesoros pasaron a las capitales financieras de Europa y a los bancos.

El Descubrimiento, Encuentro o como quiera llamársele, cambió la faz del mundo, amplió todos los horizontes. Nuestro siglo y el anterior no tienen autoridad para hablar de genocidio ni de leyenda

negra después de lo sucedido en las dos guerras mundiales, del holocausto de millones de judíos en los campos de concentración del nazismo hitleriano y de las razzias de Stalin, en la ex-Unión Soviética, de las matanzas entre pueblos africanos y de la actual guerra civil en Yugoslavia. Si hubo crueldades es porque era algo universalmente aceptado, sobre todo por un continente europeo varias veces arrasado por los bárbaros y con pueblos enteros sacrificados por contiendas religiosas.

*Lo importante es que se ha formado una sociedad nueva con sus propias costumbres, no obstante que es un subproducto de la cultura occidental, donde se mezclan los símbolos nativos y lo clásico europeo, lo pagano con lo religioso. Los detractores expresan que América envió cosas a cambio de valores: tomate, cacao, piña, tabaco, pavos y maíz, contra literatura, filosofía y técnicas. Esta observación es injusta, porque también Europa enriqueció su conocimiento de América con las *Crónicas Reales del Inca Garcilaso de la Vega*, escritor colonial mestizo y, en la actualidad, con los escritores que han obtenido el premio *Nóbel de Literatura*, uno de ellos renovador de la *lirica española*, como Pablo Neruda.*

*Las controversias originadas con propósitos revisionistas de la historia han servido para destruir varios mitos. El escritor e hispanista holandés Robert Lemm investigó y aclaró uno advirtiéndolo que el mito es más fuerte que la historia: la matanza de Cholula. "Si Cortés y sus hombres llevaron a cabo esa matanza fue porque se enteraron de que la fiesta a la que habían sido invitados era un complot para matarlos. Cualquier grupo humano hubiera hecho lo mismo en una situación comparable". (Entrevista de Carmen Monton en *El Mercurio*, Santiago, 14-6-92).*

Otro mito: el de nuestros mapuches supuestamente oprimidos y despreciados. El historiador Francisco Encina afirma que los mapuches, llamados araucanos por Alonso de Ercilla, estaban en la

edad de piedra a la llegada de Pedro de Valdivia, pero han sido objeto de admiración. En la hermosa obra titulada Yerpun. El libro sagrado de la tierra del sur, del que es autor Ziley Mora Penroz, con el sello de Imprenta Wesaldi y Editorial Kishe, de Temuco, Chile, leemos que llegaron hace trece mil años o antes desde las pampas argentinas. Tenían “cultura de la madera más que de la piedra, de la caza más que de la agricultura, de la guerra más que del comercio y del verbo más que de la escritura”. Pero “es la única etnia precolombina que no le adjudicó la categoría de divinidades a los conquistadores hispanos, pudo resistirlos con inteligencia y valor, adaptando y aprendiendo del enemigo un buen número de elementos culturales, técnicas y usos que en el terreno se demostraron bastante eficaces”. Sólo en 1881 el Estado chileno logró dominar a la Araucanía, después de casi cuatro siglos de guerra. Curiosamente, su idioma tampoco ha sido contaminado. Gastón Soublette, apunta en el prólogo: “Se puede decir que el gran mérito de la lengua mapuche es el de haber conservado intacto el carácter original de sus denominaciones sin que ningún proceso histórico la haya alterado e instrumentalizado para degenerar en un puro lenguaje de comunicación”.

Diferente es lo que ha ocurrido con el léxico de la Isla de Pascua, mezclado con toda clase de extranjerismos.

Es difícil encontrar algo más completo que la monumental obra del historiador y escritor colombiano Germán Arciniegas acerca de América, desde sus orígenes hasta hoy. En América mágica, Biografía del Caribe, El continente de siete colores y otros libros, se hace deslumbrante claridad sobre quinientos años de historia de la cultura en América Latina. Para él se escribió la primera página de las letras hispanoamericanas el 12 de octubre de 1492. La escribió en lengua castellana un italiano, Cristóbal Colón. “Es el único caso en la historia en que puede señalarse la fecha exacta, casi la hora, en

que nace una literatura. Por primera vez, ese día, una lengua europea, latina, se usa para describir el paisaje americano, y para hacer la pintura de su gente. Colón iba anotando en el diario de a bordo los incidentes de su viaje, uno de los más dramáticos que hasta entonces se hicieran. Las notas del diario recogen la emoción del momento que marcaría un cambio tan radical en las dimensiones del mundo". (El continente de siete colores. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Segunda Edición, 1970).

Resultan de interés sus precisiones: "En realidad, hay cuatro Américas que representan cuatro áreas históricas, cuatro experiencias, cuatro estilos, cuatro personajes que andan en busca de una expresión, es decir: de una cultura. Son la América indoespañola, la América portuguesa (el Brasil) la América inglesa (Estados Unidos) y la América anglofrancesa (el Canadá). Son cuatro Américas que inician su historia en años diversos, aun en siglos diversos".

*La dispar evolución seguida por los americanos del sur y los del norte ha sido descrita con profusión de datos por Carlos Dávila en *Nosotros los de las Américas* (Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1950). Hasta mediados del siglo XVIII, dice, América del Sur aventajaba en todo a la del Norte: en producción, en exportaciones, en universidades. Nos llama los "Estados Desunidos" con la siguiente explicación: "El poder político y el engrandecimiento económico estuvieron al alcance de la América Latina durante los días de la independencia; ella rechazó ciegamente esta promesa al escoger la fragmentación en vez de la federación".*

Se ha producido en nuestra época un proceso al revés: por lo que a Chile respecta, estamos descubriendo a España y este descubrimiento empezó con la llegada de los republicanos españoles a raíz de la Guerra Civil. Todavía se proyecta su influencia en el arte, en la poesía, en las empresas industriales. Fue un aporte valioso para nuestra cultura. Tenemos muy cerca el recuerdo de Antonio de

Lezama, presidente del gobierno español en el exilio, de Alfredo Nistal, Carlos de Baraibar, Vicente Sol y muchos otros.

Las posiciones ideológicas de nuestro tiempo han oscurecido y perturbado lo que debió haber sido una celebración. Las palabras de Arturo Uslar Pietri son pertinentes para mirar hacia el pasado sin juzgarlo ni condenarlo, sino apreciarlo con serenidad: "Somos el producto y los herederos de un proceso de mestizaje cultural, el más grande y completo que ha presenciado la humanidad desde la alta Edad Media. Como lo dijo Bolívar 'no somos españoles, no somos indios, sino una especie de pequeño género humano'. Somos los herederos de los conquistadores y de los conquistados; somos los descendientes de los esclavizados y de los esclavizadores, confundidos en nuestro ser cultural, que se inició hace medio milenio y que continúa con poder de creación del que ha salido nuestra historia. Es eso y no la transitoria novedad de un azar de descubrimiento lo que conmemoramos. Lo que se inició el 12 de octubre de 1492 fue un inmenso hecho humano al que no le cabe otro nombre que el que originalmente le dieron sus primeros testigos: la creación del Nuevo Mundo".

TITO CASTILLO

